

RETAZOS

a) A Yeye:

Atrás los aires de la sierra de Santa Bárbara con sus olores a resina de jaras; atrás los aires del Castillo de Paymogo con sus aromas de café. Hoy he llegado a Calañas; me sabe a mineral. He subido por sus calles empinadas hasta darme con esa torre que se divisa desde lejos. Repican las campanas, revuelan los vencejos, suena la gaita y redobla el tamboril. Huele a romero. Gente de tiros largos se acercan a la iglesia con puertas de par en par; es su fiesta grande, es su Mañana de Gracia. Llega el atardecer; mi primer atardecer en Calañas; atardecida serena y apacible; calmosa y placentera; de silencio y de embrujo; y, entre destellos crepusculares y olores de azahar en la placita, llega la promesa y el juramento...

b) A los monteros:

Anocheía. Los monteros, más de cien, llegábamos a la casa de la "Berdura"; casa vetusta en la que ni de pie cabrían veinte. Afuera, a unos metros, tueros de encina desprendían un calor que mitigaban el frío de ese anochecer de noviembre. Alrededor hombres de temple capaces de resistir al raso con la cocina del gallego, con el mosto de Umbrete, con rasgueos de guitarra y quejíos de fandangos. La noche es larga. Se habla de jabatos, de encames, de querencias, de rehalas con castas, de olfatos, de rastros, de perros que presionan la caza para que lleguen a donde tienen que ser abatidos. El cocinero hace honor a su tierra y sorprende con una queimada. Sale la luna, desvaída por un cielo encapotado. El presidente presenta las papeletas; se hace el sorteo de puestos y se dan a conocer a los postores. Se engullen tostones. Raya el alba y con ella la hora de la verdad. Pellicas y pasamontañas. Cada montero con su rifle. Cada postor con su cuadrilla. Se levanta una niebla que se espesa por momentos. Traspasamos el encinar. Nos adentramos en la mancha exuberante que nos hace culebrear entre jaras pringosas empapadas de la rociada. Se aspiran olores amalgamados de mortiños y mastranzos, de albahacas, espliegos y madroñeras... ¡Silencio!, habla el campo: se oye el cornetín, se vislumbra un fogonazo, la jauría se desmadra, un jabato irrumpe en la maleza y una fría oleada trae olor a pólvora. Atención, la montería ha comenzado:

Ladrando van por el monte...

c) A los costaleros:

He recorrido la carretera tortuosa hasta las aguas cobrizas del Odiel. De la sombra fresca de los pinos me han llegado emotivos rasgueos de guitarra. He sentido el murmullo de los rezos y de ojos trémulos sus lágrimas contenidas. He percibido los olores que exhalan las flores de la ribera. He saboreado el vino de la Virgen. He rezado la jaculatoria heredada de siglos. He notado la brisa que lleva el toque de las campanas y lleva el pasmo del ciprés enhiesto entre cientos sueños dormidos y, al final, he sentido los pasos asentados de los costaleros entre la espera exultante del pueblo.

d) A Antonio Ñudi:

Mi compadre no conocía este terreno desgajado del Peñasco por el nombre del Peñasquillo como reza en los mapas. Yo he disfrutado veinte años este campo, sobre todo, en las madrugadas estrelladas en las que he llegado a reconocer a la pareja de amantes de la que habla la leyenda: a la hija del malvado Rey del Morante que prefirió encerrarla a muerte antes de entregar su mano al Príncipe del Peñasquillo. Con la muerte de ella quedó vacía La casa de la Reina que pasó a ser una Estrella del cielo. En el Peñasquillo, el enamorado Príncipe se desvaneció en su castillo convirtiéndose en Lucero. Ahora, en las noches oscuras de Calañas, la Estrella y el Lucero, siempre unidos, vigilan desde el firmamento los riscos del Peñasquillo y La casa de la Reina en el Morante.

Hoy dejo este terreno en manos de un buen hombre para que disfrute con noches estrelladas e intente encontrar a esa pareja de amantes.